

de trágico me atengo solamente a la intensidad con que provoca sumisión y angustia ante el poder irrefrenable de fuerzas que se nos escapan.

Con relación a la tragedia y al cine aun nos queda por decir algo que viene a confirmar una vieja afirmación aristotélica.

Desde el renacimiento acá, es decir, desde que se inició un crecimiento desmedido de la técnica, el hombre ha encontrado liberación fácil para una multitud de deseos, que cuando no tenían tan cómoda solución enriquecían la intimidad humana. La imprenta, por ejemplo, permitió la creación y expansión de una novelística cada vez más diferenciada que abrió un magnífico desagüe para la sed de aventuras que inquietaba al hombre sedentario, para la inquietud amorosa, para ese complejo de asesinato que tantos hombres llevan dentro y que se soluciona pacíficamente leyendo novelas policíacas. La técnica ha facilitado la liberación simplificada de las grandes inquietudes que enriquecen y dan complejidad al alma. Así reincidimos con aquel espectador impersonalizado del «cine» y con el «cine» mismo, pues no hay modo técnico más eficiente para soltar nuestras inquietudes represadas que el cinematógrafo. Después de ver un «film» en el que aparezcan refrenados intentos de manomanía homicida, o bien el homicidio mismo, nuestra alma se siente más limpia, purificada, como decía Aristóteles, por el espectáculo. Quizás la tragedia clásica produjese la catharsis en el espectador, pero lo que no producía, precisamente por no ser pura técnica, era la socialización que sufre el hombre actual.

